

# LA NOVIA DE TINTA

(OBRA DE TEATRO EN UN ACTO)

por

GABRIELA DEL C. PERCHES



INSTITUTO POTOSINO DE BELLAS ARTES  
SAN LUIS POTOSI

1965

Literatura

410



Desde mediados de 1958, el I. P. B. A., bajo la dirección de Ma. del Rosario Oyarzun, inició una serie de JUEVES LITERARIOS, con el propósito de difundir el conocimiento de valores locales y extranjeros. No se buscaba una formalidad excesiva; tampoco una excesiva concurrencia. Se pretendía sólo el contacto vivo con un grupo de oyentes interesados y la oportunidad de que éstos conversaran luego con quien les había sometido la obra propia o comentado la ajena. Sencillas, despojadas del gran aparato de la conferencia, fueron desarrollándose las charlas en las que tomaron parte prosistas y poetas. Es imposible fijar en letras de molde el verdadero espíritu de tales reuniones. Nos complacemos, sin embargo, en ofrecer el núcleo que las constituyó en una serie de plaquetas, correspondiendo a ésta el número 19.

## LA NOVIA DE TINTA

# LA NOVIA DE TINTA

(OBRA DE TEATRO EN UN ACTO)

por

GABRIELA DEL C. PERCHES



INSTITUTO POTOSINO DE BELLAS ARTES  
SAN LUIS POTOSI

1963

...“*leí La novia de Tinta que me pareció muy bien construida, muy ingeniosamente tramada y magníficamente dialogada.*”

CELESTINO GOROSTIZA

---

*Viñeta de Jorge Bright*

## PERSONAJES :

ELVIRA, de 35 a 40 años.

JOSE. de 20 a 25 años.

## LUGAR DE LA ACCION

Un despacho o biblioteca de casa rica de provincia. Al fondo una puerta que se supone da a un corredor. Cortinajes pesados y oscuros cubrirán las dos puertas. Un escritorio negro ocupa, a la derecha, gran parte de la escena. Los sillones antiguos con el tapiz visiblemente gastado, las cortinas desteñidas y las estatuillas rotas sobre repisas y rinconeras viejas, darán idea de la pobreza o tacañería de la dueña de la casa. Un cojín de lujo, de raso en color pastel, que contrasta con el resto del mobiliario, sirve de cama a un gato. Una cómoda o mesa soportará una caja fuerte a la izquierda. Al levantarse el telón, la biblioteca o despacho aparece vacío. Es por la tarde. A poco entra por la izquierda Elvira, mujer madura pero todavía de buen ver. Viste con severidad no exenta de elegancia. Va hasta el gato y lo acaricia. Luego se sienta tras el escritorio. Examina unos papeles "recibos" y abre un libro de contabilidad, ve los recibos y lee en voz alta las cantidades en ellos anotadas:

ELVIRA.—Cuatrocientos... Cuatrocientos setenta y cinco... (Toma un manguillo con pluma y al ir a anotar las cantidades observa que la pluma está seca. Vuelve a mojarla en el tintero pero éste no tiene tinta. Arroja el manguillo con un gesto de disgusto y toca un timbre que está sobre el escritorio. Sigue examinando papeles.)

(Aparece José por la puerta del fondo. Es un muchacho de aspecto sucio. Mal vestido y peor peinado.)

JOSÉ.—(En tono que quiere ser cortés pero muy desgano.) Diga usted, señorita.

ELVIRA.—Necesito tinta... (José inicia el mutis. Elvira lo detiene.) Espera. Antes dime por qué no has cobrado la renta a los Martínez, los de Hidalgo...

JOSÉ.—Ya se las cobré, señorita, pero... no me la pagaron.

ELVIRA.—¿Por qué?

JOSÉ.—Tuvieron enfermo al más chico de los niños...

ELVIRA.—¿Y eso qué?

JOSÉ.—¡Ya mero se les moría! Gastaron mucho en medicinas, por eso no les alcanzó para la renta.

ELVIRA.—Irás inmediatamente a ver al abogado. Habrá que amenazarlos antes del término legal. Si no saben cumplir con sus obligaciones... ¡Fuera! No quiero inquilinos morosos.

JOSÉ.—(Tratando de persuadirla.) Pero señorita, si no

son morosos. De veras en este momento no pueden pagar. Me dijeron que el día último les lleve el recibo y que entonces sí me pagarán. Me lo prometieron formalmente... Ellos quedan siempre bien conmigo.

ELVIRA.—(*Furiosa.*) ¿Y quién eres tú para que mis inquilinos queden bien contigo?... ¿Acaso te dan comisión a cambio de que les des plazo más largo?

JOSÉ.—¡No, señorita! ¿Cómo cree usted? No me dan ninguna comisión, lo que pasa es que son buenas personas y cuando me dan su palabra me cumplen... Y los Martínez me la dieron, de modo que... ¿para qué ir con el abogado?

ELVIRA.—Tú harás lo que te ordeno.

JOSÉ.—Está bien, señorita, pero... ¿para qué los va a echar de su casa? Le aseguro que el día último le pagarán.

ELVIRA.—Eso te crees tú.

JOSÉ.—Esos juicios de lanzamiento son muy feos... La mera verdad, esas gentes me dan mucha lástima.

ELVIRA.—Lástima habrías de sentir por ti... ¡Mira qué aspecto tienes! Ya me canso de decirte que te arregles... Así pareces un vago, un malviviente y no un empleado.

JOSÉ.—¿Empleado yo? (*Con sorna.*) ¡Caray, señorita, no me suba de categoría! Yo soy su mozo y nada más. ¡Empleado! Con tan poco sueldo.

ELVIRA.—Poco o mucho, todo te lo gastas en vino. Además... ¿de qué te quejas? Aquí tienes cuarto y comida.



JOSÉ.—Sí, tengo el cuarto que ocupó mi madre hasta que murió sirviéndola a usted...

ELVIRA.—¿Y qué... no te gusta?

JOSÉ.—(Sin hacer caso.) ... y si lo tengo todavía es porque a usted le da miedo quedarse sola en la noche. Así no tiene que pagar velador.

ELVIRA.—¡Valiente velador! Cuando no te pasas la noche de cantina en cantina es porque estás durmiendo la borrachera que cogiste de día...

JOSÉ.—De todos modos, los de afuera saben que aquí hay un hombre y sólo eso los detiene. En serio, señorita... ¿por qué no me paga un poco más?

ELVIRA.—¿Y para qué quieres más? ¿Para beber más? Mira José: si yo te diera más dinero, en vez de beneficiarte... ¡te perjudicaría!

JOSÉ.—¿A mí? (Ríe con sorna.) No, yo creo que la que saldría perjudicada sería usted, al tener que soltar unos cuantos centavos más. ¿A poco no?

ELVIRA.—No digas idioteces. Sabes muy bien que no puedo pagarte más... Y por última vez te advierto que me hables en otro tono. Te has vuelto muy igualado.

JOSÉ.—¿Igualado?

ELVIRA.—¡Exactamente! ¡No somos iguales! No toleraré que me hables de igual a igual. ¿Qué te has creído?

JOSÉ.—Usted dispense...

ELVIRA.—Además, estás a mi servicio porque quieres. Yo no te tengo a fuerza... *(Hiriente.)* Lo que pasa es que no buscas otro trabajo porque sabes muy bien que nadie, excepto yo, tolera tus borracheras.

JOSÉ.—La verdad es que usted administra muy bien su dinero...

ELVIRA.—Estoy sola. Soy mujer. No tengo a nadie que me proteja. Yo sola debo cuidar de lo poco que mis padres me dejaron...

JOSÉ.—*(Asombrado.)* ¿Poco?

ELVIRA.—Sí, ¡poco! Quizá parezca mucho, pero tú sabes, las contribuciones aumentan día a día...

JOSÉ.—Pero si aumentan las contribuciones, usted aumenta las rentas...

ELVIRA.—*(Interrumpiendo.)* ¡Rentas que los inquilinos no pagan por tu culpa! Se aprovechan de tu sentimentalismo estúpido, de que no voy a cobrarles personalmente.

JOSÉ.—Pero, señorita, si yo les cobro...

ELVIRA.—Pero no te pagan. Te hacen como quieren, y ¡claro! tú con tu corazón de chicle les das largas cuando te salen con que se enfermó un niño, con que se les murió el abuelo y... ¡no sé cuántos cuentos para no pagar la renta!

JOSÉ.—Pero, señorita... no son cuentos...

ELVIRA.—En todo caso ¿qué culpa tengo yo de esas

muerres y enfermedades? Yo les doy techo a cambio de una renta modesta. Lo que me importa es que la paguen. Por mí se pueden enfermar o morir cuando quieran, pero que paguen.

JOSÉ.—(*Suspirando.*) No todos tienen la suerte de nacer ricos como usted, señorita.

ELVIRA.—¡Basta ya! Se me está acabando la paciencia. cualquier día de estos la pierdo y te vas de esta casa.

JOSÉ.—Hace tres años me dice lo mismo y... no la pierdo porque... perdería más al tener que pagarle más a otro...

ELVIRA.—Mira, saldría ganando si te largaras de una vez. Cada día te vuelves más desobligado. Si no supiera que lo que más amas en el mundo es una botella, aseguraría que estás enamorado... ¡claro! de una pieza igual que tú.

JOSÉ.—(*Como si hubieran tocado su intimidad, duda antes de hablar.*) Pues... no se equivoca usted, estoy enamorado y... soy correspondido; pero ella no es igual a mí. ¡Eso sí que no!

ELVIRA.—Tus asuntos privados no me interesan. Lo que me importa es que no descuides tu trabajo. Mira, sin ir más lejos, hoy me has dejado sin tinta. He notado que últimamente se acaba pronto.

(*José trata de contestar pero evade la mirada de Elvira.*)

ELVIRA.—¡Vamos! ¡No te quedes hecho un idiota!

JOSÉ.—Sí... ahora mismo se la traigo...

ELVIRA.—Mira, de una vez tráele de comer al gato.

JOSÉ.—(*Protestando.*) Oiga, señorita Elvira... Yo hago mal o bien todo lo que usted me manda hacer; pero... eso de cuidar a un gato la mera verdad que no me gusta.

ELVIRA.—¿Y desde cuándo tienes que hacer solamente lo que te gusta, pedazo de animal?

JOSÉ.—No se enoje usted, señorita, pero... esas ocupaciones son de mujeres. Además, tener tantas atenciones con un triste gato es hasta pecado. ¡Hay tanto niño por ahí sin nadie que los cuide y usted haciéndome cuidar a un gato!...

ELVIRA.—¡Cállate!... Aunque fuera un loro tendrías que cuidarlo ¿entiendes?

JOSÉ.—Sí señorita... Usted cuida animales porque... ¡Eso sí que no lo entiendo! A ver... ¿por qué no se ha casado usted?

ELVIRA.—(*Fuera de sí.*) Te voy a... (*Busca por la habitación algo con qué pegar a José. No encuentra nada y encara al mozo.*) ¿Cómo te atreves? No faltaba más que yo tenga que darle cuenta y razón de mi vida a un zángano como tú... ¡Sólo eso me faltaba!

JOSÉ.—(*Feliz por haber molestado a Elvira. Se acerca a la puerta del centro para huir en caso de que ella lo ataque.*) No tiene que darme cuenta de nada porque yo ya lo sé todo...

ELVIRA.—(*Colérica.*) ¿Qué es lo que sabes?

JOSÉ.—Pos que su señor padre, que en paz descance, quería para usted uno más rico, pero como en el pueblo ustedes eran los más ricos...

ELVIRA.—Esos son chismes...

JOSÉ.—Nada de chismes... Usted, como todas las muchachas, tuvo su novio...

ELVIRA.—(Se suaviza un poco.) ¿Y eso qué?

JOSÉ.—Pos que usted, aunque quiera esconderlo, también tiene su corazón... También supo querer, no más que como el muchacho era pobre no le gustó a su papá... y... para hacerlos romper la mandó a usted lejos...

ELVIRA.—En realidad yo no lo quería...

JOSÉ.—¿No lo quería?... Entonces ¿por qué no volvió a tener otro novio?

ELVIRA.—(Seca.) Mi padre propaló la noticia falsa de que me había casado en Europa. Agustín, como todos, la creyó. Desde entonces me encerré en esta casa...

JOSÉ.—Y su novio se fue del pueblo...

ELVIRA.—Sí... No supo tener fe. No supo esperar. Era débil... Por eso me gustan los objetos que perduran. (Ve los muebles y adornos del despacho.) Estos sillones, esas estatuillas, el escritorio; mira que macizo es... Las gentes escriben sobre él y mueren generación tras generación y él persiste...

JOSÉ.—¿Se habrá puesto negro por eso? ¿Por viejo?

Hace juego con toda la casa... ¿Ya sabe cómo le dice la gente?

ELVIRA.—Sí, "La Casa Negra"... Es grande, de muros sólidos, techos altos, capaz de durar todavía tres o cuatro siglos... La quiero por resistente, por fuerte... En ella me siento protegida de muchas cosas. ¿qué importa que le digan "La Casa Negra"?

JOSÉ.—¿Por qué no la manda pintar?

ELVIRA.—(*Recuperando su carácter de ama.*) Mira, aunque la pintara de color de rosa seguiría siendo "La Casa Negra"; pero... ¿a cuenta de qué tengo que darte explicaciones?

JOSÉ.—No me está dando ninguna explicación... Lo que pasa es que usted quiere parecer más dura de lo que es, pero a mí no me engaña, a usted le gustan las historias de amor.

ELVIRA.—¡Historias de amor! Bastante trabajo tengo con mis cuentas para ocuparme de tonterías.

JOSÉ.—Pero si lo sé bien. Con lo que usted se distrae es con las novelas que le mandan a montones por correo. ¿A poco cree que no me fijo?

ELVIRA.—(*Sarcástica.*) ¿Y al señor no le gusta que yo lea novelas?

JOSÉ.—¡Ay, señorita! ¿Cómo se lo voy a criticar si también a mí me gustan? Cuando no tengo que hacer, yo leo las que deja por ahí...

ELVIRA.—¿Conque cuando no tienes quehacer? Si te dieras cuenta de tus obligaciones y tuvieras una poca de vergüenza, sabrías que tienes quehacer durante las veinticuatro horas del día...

JOSÉ.—Pero si son ratitos...

ELVIRA.—(Sin hacerle caso.) Ahora me doy cuenta en qué pierdes el tiempo... Se te pasan las horas melido en cualquier rincón leyendo mis libros, ¿no es eso?

JOSÉ.—Sí, señorita... Pero son ratitos no más y eso sí, en cuantito termino un libro lo vuelvo a poner donde estaba.

ELVIRA.—Todo maltratado y sucio... ¡Y yo que pensaba que era mi animalito (Por el gato) el que jugaba con ellos. Desde hoy los guardaré bajo llave.

JOSÉ.—Sí señorita, guárdelos bien, pero... por favor déjeme leer uno de vez en cuando. Le prometo no maltratarlo... Me gusta mucho leer, copiar frases bonitas...

ELVIRA.—¡Oh! No sé por qué te escucho. (Suena el teléfono que está sobre el escritorio. Elvira toma el audifono.) ¿Bueno... Sí, ella habla... Está bien licenciado, pero le suplico que los papeles estén listos a buena hora. José irá por ellos... A más tardar a las diez... Sí, licenciado... Adiós. (Cuelga.)

JOSÉ.—Señorita...

ELVIRA.—¿Todavía estás aquí? ¡Anda!, ve por la tinta.

JOSÉ.—Sí, señorita, ya voy... (Inicia el mutis. Se de-

tiene.) Dispense señorita, adonde tengo que ir por los papeles... ¿Con el señor notario?

ELVIRA.—No, con el licenciado (*Sigue ocupada con los recibos.*)

JOSÉ.—Señorita, no se vaya a enojar porque me meto en lo que no me importa, pero... ¿por qué no le hace caso al señor notario? Todavía es tiempo. Usted necesita un hombre que la cuide y que se ocupe de llevarle las cuentas y que se pelee con los inquilinos y... ¿quién mejor que el señor notario que conoce bien de todas las leyes y esas cosas? ¡Hágale caso!

ELVIRA.—Si vuelves a mencionarlo una vez más te daré una bofetada ¿entiendes? ¡Ya te pasas de la raya! (*Elvira se dirige a José.*)

JOSÉ.—(*Rehuye a Elvira.*) Y sería muy capaz de hacerlo... No sé que le da cuando miento al señor notario. Si no es tan mala gente. Ayer que pasé por su despacho me llamó para mandarme a comprar unas flores para usted.

ELVIRA.—¿Flores? Yo no he recibido ningunas flores.

JOSÉ.—¿Pos cómo las iba a recibir si no se las traje? Si no más de oír hablar del notario se enoja, ahora si le traigo las flores me apalea... Por eso mejor me fui con Ramón.

ELVIRA.—¿Y se las diste?

JOSÉ.—No, se las invité.

ELVIRA.—¿Qué estás diciendo?



JOSÉ.—Que le invité las copas. Después de todo, Ramón sabe apreciarlas, en cambio usted habría echado las flores a la basura.

ELVIRA.—¡Ah, vaya!... ¿De modo que el dinero de las flores se disolvió en alcohol?...

JOSÉ.—Pos la mera verdá que sí. No más no me vaya a echar de cabeza con el señor notario, le aseguro que hoy la llama por teléfono para preguntarle si le gustaron...

ELVIRA.—Me están dando ganas de contárselo para que te meta a la cárcel por ladrón; pero... ¡no! no quiero líos con la policía ni con nadie...

JOSÉ.—¿Ni con el señor notario, verdad?

ELVIRA.—¿Con ese?, ¡menos! El muy creído se imagina que puede hacerme el amor y que yo... ¡yo!... lo voy a tomar en serio...

JOSÉ.—¿Por qué le tiene tanta tirria, señorita? Si viera no más las fiestas que le hace la señorita Gudelia y él... ¡como si no fuera hombre! Pero es porque está enamorado de usted...

ELVIRA.—Enamorado de mi dinero, dirás. ¿Pero no te das cuenta, idiota, de que él está enterado perfectamente de todo lo que tengo? ¡El muy convenenciero!

JOSÉ.—Entonces... ¿No está usted enojada por lo de las flores? Mire, hay que pensar así: el notario en lugar de hacerle el regalo a usted me lo hizo a mí, porque soy pobre, él, les quita su dinero a los pobres... de modo que los centavos no más dieron vuelta, ¿no cree usted?

ELVIRA.—Eso no me importa. Allá tú. Y mira, creo que ya es tiempo de que, al fin, me traigas la tinta y no te olvides de la leche del gato...

JOSÉ.—(Resignado.) Sí, señorita... (Sale. Puerta izquierda.)

ELVIRA.—(Vuelve a sentarse tras el escritorio, compara cifras de los recibos.)

(José entra con un frasco de tinta sin tapón. A la mitad del escenario la suela desprendida de uno de sus zapatos lo hace tropezar y caer. La tinta se vuelca en la alfombra.)

ELVIRA.—(Irguiéndose furiosa.) ¡Imbécil! Mira cómo has puesto la alfombra. (Yendo hacia el sitio manchado.) Tendré que mandarla limpiar y eso me costará dinero. Te lo descontaré de tu sueldo para que de hoy en adelante hagas bien las cosas. ¡Idiota! ¡Estúpido!

JOSÉ.—(Se yergue tan alto es con dignidad.) Si usted no me insultara, si usara otras palabras para mandarme, yo haría bien lo que me mandara, pero así... con esos modos.

ELVIRA.—¿Y de qué modo se debe tratar a los imbéciles, me quieres decir? (Se inclina a examinar de cerca la mancha.) ¡Qué mancha tan grande!... Me va a costar no sé cuánto por sacarla... Y todo por tu culpa, borracho indecente, no sé hasta cuándo voy a soportarte... (Irguiéndose furiosa.) Eres un bruto, peor que un bruto... ¡Animal, bestia, bruto... bruto!

JOSÉ.—(Reacciona lenta pero firmemente. Coloca el fras-

co sobre el escritorio y se alisa el pelo con una de sus manos.) Oiga, señorita Elvira, esa no es manera de tratar a un hombre. Yo soy su sirviente, pero también soy un hombre. ¡un hombre!, ¿entiende?

ELVIRA.—¿Un hombre tú, borracho inmundo?... ¡Bah!

JOSÉ.—(Muy seguro de sí.) Señorita, yo, aunque usted no lo crea soy un hombre y no solamente porque lo dijo la partera...

ELVIRA.—Tal vez lo fueras si no te hubiese perdido tu afición al trago. ¡Borracho!

JOSÉ.—(Contrae las mandíbulas tratando de contenerse.) Sí, soy borracho, pero antes de eso... o a pesar de eso soy un hombre y quiero que así me trate. (Suplicante.) Por favor, señorita Elvira, trate de entenderme... Yo...

ELVIRA.—¿Qué quieres que entienda? ¿El por qué bebes? Te gusta porque no eres sino un borrachote... o qué, te crees un caso complicado? Te gusta porque no eres sino un dipsómano.

JOSÉ.—(Sin comprender.) ¿Un qué?

ELVIRA.—¡Un dipsómano! Eso quiere decir que eres un hombre que no puede dejar de beber, un hombre que no come por beber, un hombre que no trabaja por beber. ¡Una piltrafa humana sin salvación posible!

JOSÉ.—Sí... No tengo salvación según usted... Para las gentes como usted, los hombres como yo no tenemos salvación... (Avanza hacia ella.) ¿Quiénes son más perdidos?

ustedes que viven sin beber vino, pero chupando la sangre de los que no tienen más culpa que la de haber nacido pobres o enfermos, como yo...

ELVIRA.—(*Retrocede.*) José, detente. ¿Que vas a hacer?

JOSÉ.—Quiero convencerla... trato de decirle que no soy lo que usted cree... A veces siento ganadas de...

ELVIRA.—¿De qué?...

(*José no acierta a expresarse.*)

ELVIRA.—De... matarme, ¿no es cierto?

JOSÉ.—(*Sorprendido.*) ¿Matarla? No... Yo no podría matar a nadie, no soy asesino. Sólo quisiera hacerle entender aunque fuera por la fuerza... (*Va hacia la puerta del fondo cabizbajo y desvalido.*) ¡Ya hasta me cree usted capaz de matar!

ELVIRA.—(*Ya sin miedo.*) ¿Y por qué no? Los alcohólicos son capaces de todo. Lo he pensado muchas veces. A veces no puedo dormir y tengo miedo.

JOSÉ.—¿Miedo?... ¿Qué ya no duerme con su pistola?

ELVIRA.—(*Sin hacer caso.*) ¿Qué puede esperarle a una mujer sola en una casa tan grande y con un hombre vicioso?

JOSÉ.—Es usted la única que lo dice. Fuera de esta casa todos me quieren.

ELVIRA.—¿Te lo han dicho?

JOSÉ.—No, pero lo sé. Lo siento. ¿Y sabe por qué? Me tienen confianza porque saben que el vino no me ha desbaratado el corazón. A pesar de mis borracheras soy hombre de corazón. Soy... humano y como un ser humano quiero ser tratado. ¿Me ha entendido?

ELVIRA.—Bueno, si eres así... como dices, ¿por qué no haces nada para regenerarte?

JOSÉ.—(Se deja caer, abatido, en un sillón.) ¡Usted qué sabe! La semana pasada estuve sin beber cuatro días seguidos.

ELVIRA.—(Sarcástica.) ¡Cuatro días!

JOSÉ.—Ya sé que es poco, pero lo que vale es que me aguanté cuatro días porque quise aguantarme. Hoy me prometí no beber en dos semanas y ya verá cómo cumplo.

ELVIRA.—¡No vayas a hacer eso, hombre!... ¿Dos semanas?... ¡Puedes morir!

JOSÉ.—¡Aunque me muera! (Excitado.) Tengo que dejar de beber, señorita Elvira... Tengo que dejar de beber... Necesito ser de otro modo. No quiero ser humillado por nadie. Necesito ser otro, otro a quien todos respeten... Usted que me conoce desde chico, ayúdeme...

ELVIRA.—Si me vas a obedecer en todo y rindes más trabajo, te ayudaré. Me agrada que pienses en tu trabajo...

JOSÉ.—¡No, no es por el trabajo!... Es por ella.

ELVIRA.—(Curiosa.) ¿Ella? ¿Y quién es ella?

JOSÉ.—La más buena de todas las mujeres.

ELVIRA.—Supongo que te refieres a tu madre que Dios tenga en su santa gloria.

JOSÉ.—No, no es mi madre. Y que mi madrecita me perdone por decir esto, pero es alguien más grande todavía que ella...

ELVIRA.—¡Ah!... ¿Te has enredado por ahí... con alguna?

JOSÉ.—¡No, señorita, por favor, no diga eso! Se lo voy a decir a usted aunque se burle de mí... ¡Tengo novia!

ELVIRA.—¿Novia tú? *(Ríe a carcajadas.)*

JOSÉ.—Sí, tengo novia...

ELVIRA.—*(Riendo aún.)* ¿Y... quién es esa pobre muchacha?

JOSÉ.—Nadie que conozca usted porque ella no es de por acá... *(Animado.)* Por eso quiero cambiar para que ella, después de conocerme no se vaya a avergonzar de mí...

ELVIRA.—¿Cómo que después de conocerme? No entiendo...

JOSÉ.—¿Sabe? Es que es mi novia desde lejos. No nos hemos visto nunca. Sepa Dios cómo será, a lo mejor es bonita a lo mejor muy fea... Lo que sí sé es que tiene un corazón de madre lleno de cariño para mí.

ELVIRA.—¿Y cómo la hiciste tu novia?

JOSÉ.—Por pura vacilada. Un día, leí en una de esas revistas que le mandan, que una mujer quería escribirse con alguien... Entonces yo contesté al número que daban para mandar la carta... Porque no dan nombres. ¿sabe? Los que se escriben mandan las cartas a la revista y allá las reparten... Dicen que como ya han pasado casos, no quieren que las gentes se conozcan hasta que estén bien... (Como quien usa una palabra poco conocida.) ...bien identificados...

ELVIRA.—Bueno... ¿Y no te dan deseos de conocerla?

JOSÉ.—¡Cómo no!... Pero tengo miedo... Tal vez cuando me vea ya no me quiera, por eso le digo que quiero ser otro.

ELVIRA.—¿Piensas verla pronto?

JOSÉ.—No sé... A veces me entran unas ansias que apenas me aguanto... Por las noches me pongo a pensar cómo será, si alta, si chaparrita, si delgada, o gordita... Ah, pero eso sí, de lo que estoy seguro es de que tiene un corazón muy bueno.

ELVIRA.—¿Cómo lo sabes?

JOSÉ.—Sus cartas me lo dicen... El cariño, ¿sabe usted? es como algo que lo envuelve a uno. Cuando yo leo sus cartas, luego luego siento como que me cobijan con una sábana limpia, muy suavcita y liviana...

ELVIRA.—¡Que raro que no me haya dado cuenta de tu correspondencia! ¿A dónde te envía las cartas?

JOSÉ.—A "Poste Restante", pero como le digo, no me

las manda ella directamente, me las manda la revista. Ella también escribe a la revista y luego la revista me las manda. Ni ella sabe dónde vivo yo ni yo sé dónde vive ella...

ELVIRA.—¿Y... qué persigues con esas relaciones?

JOSÉ.—Pos... llegar a vivir con ella. Después de casarme, claro.

ELVIRA.—¿Casarte tú?... Deliras, José, deliras. Tú no sirves para eso.

JOSÉ.—¿Cómo que no?... ¿Qué no soy hombre?

ELVIRA.—Sí, como todos; pero... para inspirar amor... francamente...

JOSÉ.—Usted no lo cree, ¿verdad?

ELVIRA.—(Cortante.) ¡Dejemos eso! Anda, ve por más tinta y esta vez camina con más cuidado.

JOSÉ.—Ya no hay tinta. Era el último frasco que quedaba en la bodega.

ELVIRA.—Entonces ve a comprar. Toma... te voy a dar dinero. (Se dirige a una cómoda o a la caja fuerte. La abre y cuenta meticulosamente una suma pequeña, cinco pesos.)

JOSÉ.—(Habla mientras Elvira cuenta el dinero.) Conque según usted, yo no puedo inspirar cariño a nadie ¿verdad? (Saca una carta de una de las bolsas de su camisa.) Pues oiga esto: "Puedo asegurarte, José Antonio, que debo a ti mi única alegría verdadera. Tus cartas son tan sencillas



y tan cariñosas que me llenan de completa paz. Desde que te escribo, aspiro a una vida mejor. Ignoro tu posición social. No sé de qué vives, pero eso poco importa, ya que los sentimientos que expresan tus palabras son excelentes. ¿Me quieres? Eso es lo importante. Todo lo demás saldrá sobrando. ¿Me quieres? Dímelo cuantas veces lo sientas y quíereme, sí, quíereme, porque yo me siento tuya para siempre...

ELVIRA.—(*Pone el dinero en una bolsa de su vestido y escucha con atención creciente, demudada, incrédula.*) ¿Qué es eso? (*Llega hasta José y trata de arrebatárle la carta. Forcejean.*)

JOSÉ.—Pues ya lo ve... es una carta de mi novia. ¿No lo creía, verdad? Mire, mire bien la firma... Se llama María E.

(*Elvira arrebató la carta de manos de José y jadeante se aparta para examinarla a sus anchas. Queda perpleja, anonadada. Luego ríe.*)

JOSÉ.—No se burle usted, ¡no se ría! No se burle de lo que ella me dice... ¡Deme esa carta!... (*Elvira ha hecho bola la carta en uno de sus puños apretados. José va hacia ella.*) Dámela. ¡No vaya a romperla!

(*José sujeta a Elvira por las muñecas. Elvira abre una de las manos y la bola de papel rueda. José la recoge y comienza a desarrugarla pasando repetidas veces una de sus manos sobre el papel.*)

JOSÉ.—(*Mientras desarruga la carta.*) Si la hubiera roto, no se lo habría perdonado...

ELVIRA.—(*Por toda respuesta da a José una bofetada.*)

Va rápidamente al escritorio y saca un paquete de cartas. Se vuelve trémula a José.) ¿Y yo, crees que voy a perdonarte esto?...

JOSÉ.—¿Eso? ¿Qué es eso?...

ELVIRA.—¡Ven! ¡Acércate y mira bien estas cartas!

JOSÉ.—(Después de examinar las cartas.) ¡Mis cartas! ¡Son mis cartas! ¿Por qué las tiene usted?... (Gritando.) Pero será posible que hasta en esto se meta, vieja bruja? Si lo único bueno que tengo está ahí, ¿por qué ha impedido que salieran?

ELVIRA.—No seas idiota... Estas cartas las recibí yo...

JOSÉ.—Pero... ¿por qué?... ¿por qué?...

ELVIRA.—¿Será posible que no comprendas, estúpido? son tus propias cartas, porque era a mí a quien escribías...

JOSÉ.—¿A usted?... ¡No! (Comprende poco a poco.) ¿Y era usted la que contestaba?... Se firmaba María E... Todos la conocemos por señorita Elvira... María E...

ELVIRA.—María Elvira es mi nombre completo...

JOSÉ.—(Recuperándose.) María E... ¡Y qué letra más fina escribía! Muy distinta a los garabatos que pone en sus cochinos recibos... (Reclamando.) Oiga, ¿por qué ha disfrazado así su letra? ¿Por qué me ha engañado usted así?

ELVIRA.—Si hubiera sabido que era a mi mozo José a quien escribía me hubiera muerto de asco.

JOSÉ.—¿Asco? ¿De quién, de mí o de usted? Porque la que dá asco es usted, porque yo no la engañé. Usted escribió disfrazándose toda. Cambió su letra para disimular su espíritu, y así como contesté yo hubiera contestado otro, y lo habría engañado lo mismo que a mí, aparentando que es buena cuando la verdad es que tiene un alma tan negra como su casa...

ELVIRA.—¿Y tú... crees ser como dices en estas cartas?

JOSÉ.—Por fuera no... Ni hago mención de cómo soy... Pero por dentro sí soy como lo digo ahí. (*Señalando las cartas.*) No soy nadie, no tengo nada, solamente el cariño de mi corazón... Así lo decía porque era verdad, yo no engañé a nadie... pero usted...

(*Elvira se sienta tras su escritorio, con una sonrisa cruel en los labios firmemente apretados.*)

JOSÉ.—¿Por qué no contesta? Porque sabe que tengo razón ¿verdad?... Bueno, después de todo la engañada es usted... Quiso creer que podía escribir otra cosa que no fueran números... Que podría llevar otra vida, pero no, su vida, su verdadera vida es estar pegada a sus cuentas, como los broches de sus recibos...

ELVIRA.—¡Cállate ya y lárgate!

JOSÉ.—Sí, me iré... ¿Cree usted que después de esto voy a quedarme? Usted se quedará aquí, detrás de su escritorio como caja de muerto... A los que me pregunten por mi novia les diré que se secó en el tintero porque... era una novia de tinta.

ELVIRA.—Ya no digas disparates y ve a comprarla. Toma (*Le da dinero.*) y no tardes, debo terminar con esto.

JOSÉ.—Dichosa usted que al menos tiene esos papeles para entretenerse... Pero yo... ¿Qué haré?... ¿Qué podré hacer?... (*Su rostro se ilumina.*) ¡Ah, ya sé! Voy a buscar a Ramón para... ¡Iré a comprar la tinta! (*Sale.*)

(*Elvira queda pensativa unos instantes. Con las cartas hace un montoncito. Saca un cerillo y le prende fuego. La luz ha ido extinguiéndose. La llama de las cartas ilumina su rostro acongojado. Lloro silenciosamente mientras cae el telón.*)

EN LA EDITORIAL UNIVERSI-  
TARIA POTOSINA SE IMPRIMIO  
ESTE FOLLETO DURANTE EL  
MES DE ABRIL DE 1963.

*Últimos títulos publicados en esta serie:*

CONCHA URQUIZA, UN RECUERDO Y UNA PERSONALIDAD.  
por GUILLERMINA LLACH.

PRIMAVERA FIEL, por LUIS HORACIO DURÁN.

CANCIONES DE LA CIUDAD, por ALFREDO JUAN ALVAREZ.

EN TÓRNO A LA FISONOMIA ESPIRITUAL DE CONCHA URQUIZA, por XAVIER GUZMÁN.

CREPUSCULOS DE AUSENCIA, por JESÚS LOREDO LEÓN.

APROXIMACION AL TEATRO ARGENTINO ACTUAL, por LUIS MARIO SCHNEIDER.

PROUST EL ADMIRABLE, por ANDRÉ COYNÉ.

TRES CUENTOS, de MARÍA ESTER O. DE AGUIÑAGA.

LA NOVIA DE TINTA, por GABRIELA DEL C. PERCHES.

